

NOVELA 'MI CORAZÓN VISTO DESDE EL ESPACIO'

CUEVAS PONE ROSTRO A LOS PARIAS DEL PRESENTE

El vallisoletano novela con humor la zozobra de una sociedad que maltrata a sus jóvenes, retratada en la simbólica ciudad de Desgracia

JULIO TOVAR VALLADOLID

La vida de nuestro protagonista sin nombre y de sus amigos Bruno, Teresa, Yonatan o Rocío, casi siempre ha transcurrido en Desgracia, una ciudad cualquiera con una catedral inconclusa, una fábrica de automóviles cuya bocina marca el ritmo de la urbe, un festival de tortilla de patata como gran evento cultural, y una boina de polución que rivaliza en tamaño con otra... espiritual.

Casi siempre, porque nuestro hombre sin nombre un día se vio forzado a emigrar a Australia en busca de una oportunidad, para volver más de un lustro después sólo a despedir a su padre moribundo y a reencontrarse con las viejas mi-

serias de siempre y con sus recuerdos, registrados en una suerte de 'guía antiturística' que un día le escribió a su pretendida, una recién llegada a Desgracia.

Un año después de lanzar el libro de relatos *Mariluz y el largo etcétera* (Difácil), finalista del Premio de la Crítica de Castilla y León, Alejan-

«ES UNA NOVELA DIVERTIDA. LUEGO ESTÁ EL RETRATO DE UNA ÉPOCA, LA CRÍTICA SOCIAL, EL BISTURÍ AFILADO»

dro Cuevas (Valladolid, 1973) vuelve a los anaqueles con su quinta novela, la vitriólica, amarga, divertida y actual *Mi corazón visto desde el espacio* (Menoscuarto Ediciones), que presentará el próximo 13 de noviembre en Oletvm, a las 19.00 horas, junto a Gustavo Martín Garzo.

Ni Desgracia, una ciudad que alimenta corruptelas y clientelismos y machaca a sus jóvenes mejor formados, es Ítaca, ni el protagonista de Cuevas es un Ulises moderno, sino un pobre diablo hipocondriaco con la nevera vacía que, sabedor de que nunca accederá a una pensión, está convencido de que ha de 'labrarse un buen infarto', con tanta suerte -muy mala- a la hora de encontrar un trabajo estimulante y digno como de hallar una pareja que se rinda a sus estímulos -'cuando intento bailar, estoy transmitiendo que mi semen es achicoria genética', reconoce nuestro hombre en una más de sus lapidarias sentencias-.

Y es que lo tiene difícil alguien que vive en un barrio marginal como el suyo, en un sexto sin ascensor -en la letra F: 'F de Funesto. F de Fiasco. F de Felicidad Frustrada', advierte-, donde los niños que aparentan estar jugando en el asfalto y las madres que parecen estar paseando a sus bebés en el carrito en realidad están robando y llevando drogas de aquí para allá; y, para más inri, hasta le reconoce a su idealizada Bárbara que su 'proyecto vital es inmunizarse contra toda la porquería del mundo, en un sentido literal y también metafórico'. El tipo se mimetiza con la

cochambre de su entorno.

Ante ese panorama, cómo no sucumbir al desencanto. 'Nos prometieron el paraíso, pero hasta ahora solo hemos visto vertederos de escombros', lamenta nuestro protagonista. ¿Es el sino de toda una generación? «Habrà de todo, supongo. Esa frase define a una generación de un determinado nivel socioeconómico. Hay muchos habitantes de Desgracia que viven estupendamente y que nunca se sentirían identificados con ese pensamiento. Algunos viven y van a vivir siempre en el paraíso, aunque no hayan hecho ningún mérito, aunque sean unos cenutrios», explica a este diario Cuevas, cuando se cumplen 20 años de la publicación de sus primeras novelas, *Comida para perros* y *La vida no es un auto sacramental*, con la que Alberto Escudero -el escritor tras el pseudónimo- obtuvo el accésit del Premio Nadal y con la que ganó el Premio Ojo Crítico.

Ese paraíso, sin duda, les está vedado a los protagonistas de *Mi corazón visto desde el espacio*, que viven en una zozobra permanente. «En el mundo moderno o posmoderno o como queramos llamarlo casi nadie sabe dónde va, aunque

«EN EL MUNDO MODERNO CASI NADIE SABE DÓNDE VA, AUNQUE TODOS CORRAN Y TENGAN LAS AGENDAS LLENAS»

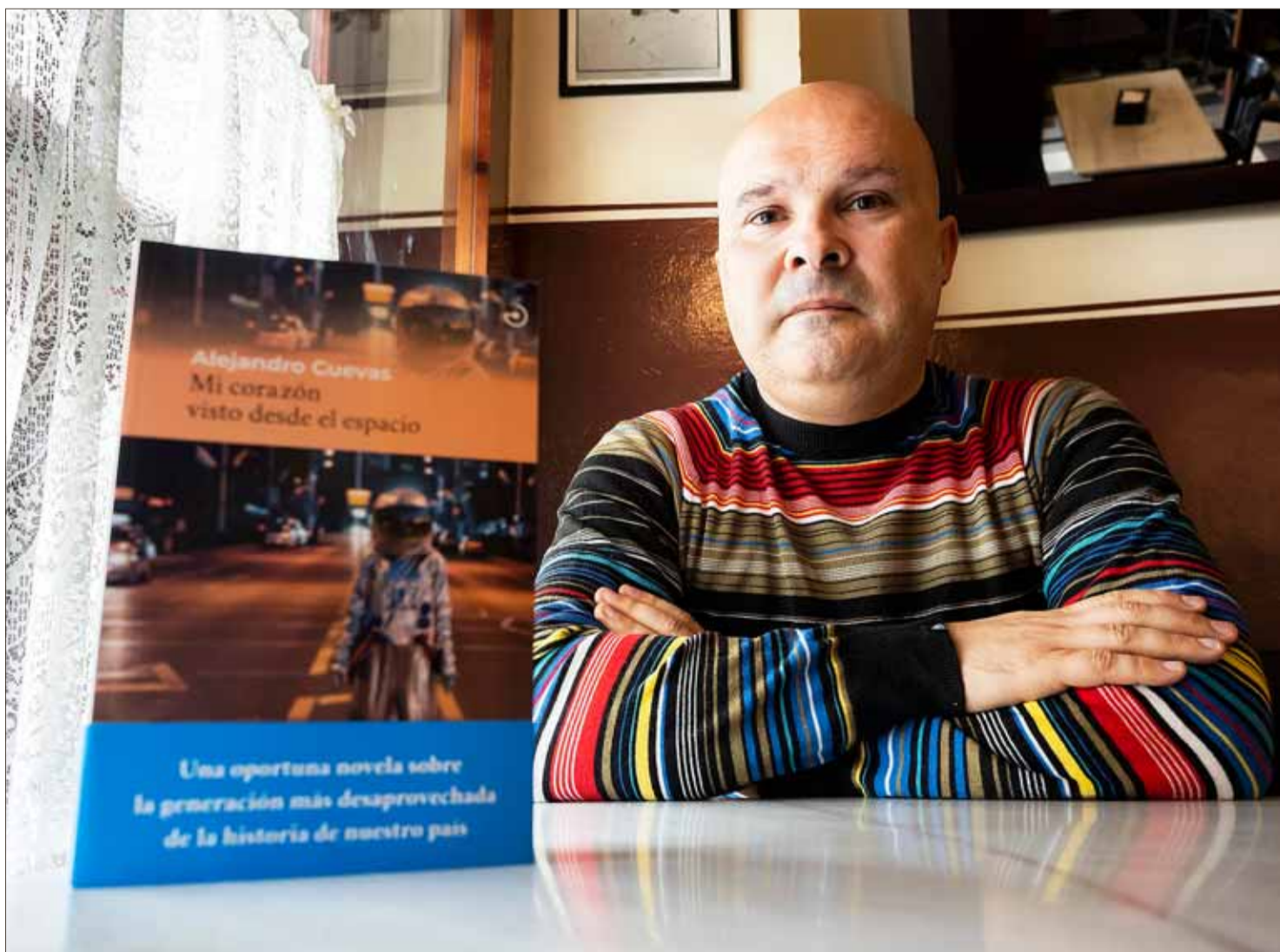
todos corran de un sitio para otro y tengan agendas en las que no cabe una línea más. Quizás antes las cosas eran más sencillas. Por eso, no sé, algunas personas intentan regresar ahora a lo básico. También creo que es una cuestión de edad: a los 20 años sueñas con vivir en Nueva York y encontrarte gente pintoresca en el metro; a los 50, a lo mejor lo que te apetece es irte a criar gallinas en un pueblo de 20 habitantes», advierte Cuevas, que define su última obra como una «novela fundamentalmente divertida». «Luego está, claro, el retrato de una época, la crítica social, el bisturí afilado, ciertos momentos de melancolía o de lirismo... Pero el lector de esta novela se va a reír, especialmente si es vallisoletano, porque muchas cosas le van a resultar muy familiares», matiza.

Desgracia, con sus muchos referentes que la hacen reconocible, sin embargo podría ser cualquiera. Es un paisaje simbólico, como también lo es su paisanaje: barrios olvidados, familias poderosas que contaminan todas las esferas, medios de comunicación convertidos en herramientas de control social, políticos corruptos, una legión de universitarios que aceptan trabajos miserables para no tener que emigrar, una ciudadanía entregada al consumo, creadores a los que les va el postu-reo... «Desgracia es una distorsión de Valladolid, como Vetusta lo es del Oviedo en que vivió Clarín; pero, los estereotipos y las situaciones resultarán reconocibles para lectores de cualquier lugar, porque, en el fondo, Desgracia es un retrato de España, de lo bueno y de lo malo», subraya el autor de *La peste bucólica*.

Desgracia también podría presumir de su propia galería de ilustres: desde los Pezuña, esa familia que se las ha apañado para ganar dinero hasta cuando uno 'descarga la cisterna', hasta esos concejales y empresarios iletrados que hacen fortunas desde su despacho. En Desgracia, todo sea dicho, la cultura penaliza hasta el punto de obligar a los jóvenes a desinflar sus currículos. 'La cultura -me decía mi padre-, te va a venir muy bien cuando tengas que pedir limosna en un túnel. Así redactarás carteles sin faltas de ortografía', evoca en un pasaje el protagonista de *Mi corazón visto desde el espacio*.

¿Qué se puede construir con semejantes cimientos? «Vamos directamente hacia el precipicio. Próxima parada: el planeta de los simios. Acabamos de sufrir un suceso de campaña electoral donde ninguno de los candidatos ha pronunciado la palabra cultura. Leer un buen libro a solas en casa es ya un acto más subversivo que tirar un cóctel molotov», sentencia Cuevas unos días antes de la cita con las urnas.

Con *Mi corazón visto desde el espacio* Menoscuarto lanza el segundo título de su nueva colección de narrativa, estrenada con el mexicano Juan Villoro y su novela *Dos amores perdidos*, y que continuará con *La sinfonía pastoral* del Premio Nobel André Gide.



Alejandro Cuevas posa en una de las mesas de El Largo Adiós junto a su última novela, publicada con Menoscuarto Ediciones. PABLO REQUEJO